

La ética del psicoanálisis, o un diálogo entre las categorías abstinencia (1911-1916) y deseo del analista (1958-1964).

Eje temático: Psicopatología y clínica.

Federico Faginas

Mail: federicofaginas@gmail.com

Universidad Nacional de Mar del Plata

La ética del psicoanálisis, o un diálogo entre las categorías abstinencia (1911-1916) y deseo del analista (1958-1964)

Federico Faginas

Resumen:

La posición del analista en la dirección de la cura resulta central al momento de conceptualizar la práctica profesional, y puntualizar la particularidad de la clínica psicoanalítica con relación a otros modelos de tratamiento. Dentro de este modelo teórico no hay univocidad respecto a la conceptualización que se realiza del analista, y su maniobrar desde una perspectiva técnica, aunque existen lineamientos que remiten a lo que Jacques Lacan conceptualiza como la “ética del psicoanálisis” (1959). La propuesta del corriente escrito es establecer una diálogo-intertextualidad entre las categorías de “abstinencia”, y “deseo del analista”, teniendo en cuenta el lugar que ocupan estas nociones dentro de la dirección de la cura. Para esto se partirá de lo desarrollado por Sigmund Freud en sus escritos técnicos (1911-1916), y Jacques Lacan (tanto en sus Seminarios VII, VIII y XI, como en escritos publicados entre 1958 a 1964). La articulación, y puesta en diálogo de las categorías conceptuales enmarcadas dentro de la pregunta por la dimensión ética del psicoanálisis, permite establecer ejes para pensar la particularidad de la posición del analista, esclarecer conceptos centrales y característicos del accionar analítico, y contribuir a las discusiones dentro de la comunidad psicoanalítica respecto a la neutralidad del analista ante el padecimiento, y la particularidad de la escucha como respuesta a los ideales de la época. Tomar estos conceptos y la articulación que se puede establecer entre estos, observando la deriva teórica implicada, funciona como una problematización de la clínica, y una pregunta por el manejo analítico de la célula elemental del dispositivo. Hacer énfasis en la posición abstinentes del analista, apunta a la ética del deseo del analista, transversal a la práctica psicoanalítica

Palabras claves: abstinencia- deseo del analista- etica del psicoanalisis- dirección de la cura

Introducción:

En el marco del trabajo llevado adelante como becario de investigación perteneciente al grupo Psicopatología y Clínica, y del cruzamiento conceptual de las nociones “deseo del analista” y “abstinencia”, surge una puntualización sobre la puesta en juego- y acto- de ambas conceptos bajo la ética del psicoanálisis, lo cual implica la asunción de una política que orienta de forma singular la posición analítica en la dirección de la cura. A partir de esto último, el interés por la clínica psicoanalítica, y la profundización sobre la particularidad del psicoanálisis en su escucha del padecimiento, surge la necesidad de construir este escrito que recorre las lecturas para sostener la pregunta por las dimensiones ética, política y estratégica que atraviesan el análisis.

La elección de los Seminarios VII “La Ética del Psicoanálisis” (1959-1960), y VII “La transferencia” (1959-1960) de Jacques Lacan, se basa en que ambos apuntan a problematizar la dimensión del deseo que sostiene al analista en la dirección de la cura, su posición ante las demandas, el problema del amor en un tratamiento, la distancia de la ética del psicoanálisis y los discursos morales de la felicidad y la salud, la tensión entre los discursos epocales y la practica analitica, entre otros temas.

Por otro lado, la elección de trabajar con los escritos técnicos freudianos -Sobre la iniciación del tratamiento (1913), Puntualizaciones sobre el amor en transferencia (1915), Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico (1912), Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica (1919), Recordar, repetir y reelaborar (1914), Sobre la dinámica de la transferencia (1912), entre otros- apunta a la profundización sobre la noción de abstinencia que el autor introduce a lo largo de estas obras, la cual asume un carácter nodal dentro de las reglas sobre el tratamiento.

El planteo sobre la ética del psicoanálisis, y la intertextualidad entre la posición abstinentes y el deseo del analista, implican dar cuenta de la particularidad y singularidad de la clinica analitica, al mismo tiempo que se enmarca dentro de una crítica a ciertos ideales y discursos epocales sobre la clínica, y la productividad. **Desarrollo:**

En escritos como Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico (1912), Sobre la iniciación del tratamiento (1913), entre otros, Freud establece ciertos lineamientos que le resultaron de utilidad para la dirección de los tratamientos en el espacio clínico, y el sostenimiento de la posición del profesional. Uno de los conceptos que introduce a estos fines es el de abstinencia. En la primera de estas obras, esta noción se encuentra presente de forma implícita, esto se observa en la introducción de posiciones como “atención parejamente flotante”, el sostenimiento de la regla de la asociación libre para el analizante (y la de suspender la censura para el analista), o al realizar afirmaciones como “El médico no debe ser transparente para el analizado, sino, como la luna un espejo, mostrar sólo lo que le es mostrado” (Freud, S. 1912. P. 117) o

“Como médico, es preciso ser sobre todo tolerante con las debilidades del enfermo, darse por contento si, aun no siendo él del todo valioso, ha recuperado un poco de la capacidad de producir y de gozar. La ambición pedagógica es tan inadecuada como la terapéutica” (ob cit p.118). Estos recortes dan cuenta de la complejidad del concepto, y la multiplicidad de consecuencias al momento de pensar la escucha clínica, y la posición ante el padecimiento del analizante.

En las otras obras mencionadas, la abstinencia aparece asociada a la respuesta del analista ante las demandas y pedidos del consultante, al igual que la lectura analítica sobre el tiempo y el dinero como variables que dan cuenta de cierta dinámica libidinal del sujeto, y marcan cierto encuadre. Pero en “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” (1919), Freud define a la abstinencia como parte de la actividad del analista, y la caracteriza así:

La cura analítica debe ejecutarse en un estado de privación -de abstinencia-. Por abstinencia no debe entenderse la privación de una necesidad cualquiera - esto sería desde luego irrealizable- ni tampoco lo que se entiende por ella en el sentido popular, la abstención del comercio sexual; se trata de algo diverso, que se relaciona más con la dinámica de la contracción de la enfermedad y el restablecimiento. En el curso del análisis pueden observar que toda mejoría de su padecer aminora el tempo del restablecimiento y reduce la fuerza pulsional que esfuerza hacia la curación (Freud, S. 1919. p.158)

En el mismo escrito previamente citado, el autor establece que el analista debe renunciar a hacer del paciente que se acerca a la consulta, un patrimonio personal, o imponerle sus ideales. El analista no debe educar al enfermo para volverlo un semejante, sino que se apunta a que el sujeto pueda recuperar su capacidad para amar y trabajar, y asumir una posición subjetiva que implique un menor sufrimiento.

Al momento de desarrollar el concepto de transferencia -en escritos técnicos como “Puntualizaciones del amor en transferencia” (1915), y en “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912)- Freud aborda la noción central para la práctica analítica en clave de “ligazón amorosa que actualiza en análisis los vínculos edípicos del sujeto”. De esta manera, decide articularlo con la noción de abstinencia como principio rector de la escucha analítica. Sin embargo, no queda reducido al hecho de que el analista se abstenga de mantener una relación sexual-afectiva con el analizante, sino que implica ser consciente del poder (y riesgo) de la transferencia positiva que no puede ser eludido por la vía de la información o psicoeducación a quien consulta. A su vez, el autor afirma que “Domeñar los fenómenos de la transferencia depara al analista las mayores dificultades, pero no se debe olvidar que ellos nos brindan el inapreciable servicio de volver actuales y manifiestas las canciones de amor escondidas y olvidadas de los pacientes pues, nadie puede ser ajusticiado en ausencia” (Freud, S. 1912, p. 105)

articulando así la transferencia con la idea de actualidad, y con la puesta en juego de las dinámicas vivenciales del sujeto.

A partir del Seminario XVII “La ética del psicoanálisis” (1959-1960) Jacques Lacan introduce una pregunta por la posición del analista, y su carácter ético en la escucha y dirección de la cura. Esto se observa en su interés por establecer cuál sería el mandato moral que subyace al psicoanálisis, al mismo tiempo que retoma la filosofía kantiana en una intertextualidad con la obra del Marqués de Sade. A su vez, plantea tres ideales de los cuales el analista debe alejarse, ya que dan cuenta de las demandas (y lo deseable) de la época, los cuales van en contra del deseo del analista como deseo de máxima diferencia. Estos son: autenticidad, el amor genital, y la no dependencia. Estos apuntan a la idea de un “yo autónomo sin conflicto” donde el inconsciente queda de lado, un ideal de completud y complementariedad sexual, y una idea de progreso basada en que el sujeto sea más auténtico en su identidad.

En otro eje temático, el autor realiza un análisis desde el psicoanálisis (y su práctica clínica) sobre la máxima moral de “amor al prójimo” al cuestionar la idea de reducción del semejante a la propia imagen, es decir, el supuesto de que el bien para el otro tiene como condición que este siga siendo a imagen del sujeto. Este es una narrativa moral sobre la cual el psicoanálisis hace un agujero, ya que antepone la conflictividad que caracteriza la relación con el semejante, la imposibilidad de reducirlo a la imagen del hablante, y una noción de amor que no se agota en la dimensión de los bienes, sino que implica la falta y su reconocimiento en la estructura. De esta crítica se derivan consecuencias clínicas, ya que el analista no puede posicionarse desde “el amor al prójimo”, ni desde un deseo centrado en lo mejor para el sujeto (estaría en la línea de la comprensión), sino que sostiene un “no saber” sobre la satisfacción del sujeto, y apunta a que este viva en un mejor arreglo con el deseo.

Otro de los puntos que discute Lacan en este seminario, y que da cuenta de la posición ética del psicoanálisis, reside en la propuesta de ir más allá de los ideales del bien, y lo bello. Sobre el primero de estos, afirma que está asociado a la pregunta del analista sobre su deseo de curar o “hacer el bien” al analizante, y la necesidad de estar alerta sobre las trampas de lo beneficio que apuntan a la idea de “saber lo que es mejor para el otro”. Es en función a esto, que Lacan llega a enunciar que paradójicamente el deseo de curar -en el analista- es un no curar, lo cual debe interpretarse con una ruptura para con la posición de beneficencia, altruismo, y el ideal salugénico que atraviesa la práctica clínica, además de rechazar un discurso de homogeneizar las posiciones subjetivas de los enfermos. Lacan lo resume de la siguiente manera: “La dimensión del bien levanta una muralla poderosa en la vía de nuestro deseo. Es incluso la primera con la que nos tenemos que enfrentar a cada instante” (Lacan, J. 1959-1960 p. 277). Con

respecto a la función de lo bello, esta aparece como más allá de la función del bien, es decir, a posteriori del rechazo del ideal de lo benéfico, aparece la ruptura con la persecución de lo estético como ideal, y como valor en la dirección de un tratamiento. Lo bello, a diferencia del bien, no engaña al analista, sino que funciona como señuelo para ubicar puntos del deseo del sujeto.

En las últimas tres clases del Seminario VII, Lacan desarrolla articulaciones entre el ideal de felicidad, la propuesta del psicoanálisis, las metas que marcan un análisis, y el acto moral desde una lógica analítica, con el fin de recortar la ética del psicoanálisis de discursos epocales, y promesas de felicidad inmediata. Con respecto a la demanda de felicidad, Lacan afirma:

Primeramente, ¿el final del análisis es lo que se nos demanda? Lo que se nos demanda debemos llamarlo con una palabra simple, es la felicidad. Nada nuevo les traigo aquí — una demanda de felicidad. Recentrar el análisis en la dialéctica presentifica para nosotros que la meta aparece indefinidamente aplazada (Lacan, J. 1959-1960 p. 345)

En este punto aparece la crítica a la idea de que el análisis debe conducir a la felicidad para el analizante, lo cual se contrapone a la propuesta de atravesamiento de una cura en pos del encuentro con ese límite donde se pone en juego la problemática del deseo para el sujeto. Es en este punto que se afirma que el deseo del analista es de carácter advertido, y es lo que ofrece en la escena analítica, a sabiendas de que debe detenerse (abstenerse) ante la aspiración de reducción a la nada de esa distancia con el analizante. Luego de esto, Lacan cuestiona la moralización racionalizante que puede habitar un análisis, es decir, la búsqueda de una normalización psicológica. En el entrecruzamiento de ética y psicoanálisis, el autor reconoce que la pregunta posible (y necesaria) para el sujeto reside en “¿Ha actuado en conformidad con el deseo que lo habita?” (Lacan, J. 1959-1960 p. 373), la cual apunta a singularizar la experiencia humana en la relación del sujeto con el deseo, y la asunción de una posición ante este, la cual resulta de gran complejidad para el ser hablante. En la misma clase da cuenta de la singular posición del analista ante el deseo del sujeto, el carácter ético de la renuncia al lugar del sujeto en el análisis, y una escucha que no promete el encuentro del sujeto con un significante que cifra su felicidad -o destino- sino que apuesta a la producción de un efecto sujeto que pueda enfrentarse a la pregunta sobre el deseo previamente enunciada.

En “La dirección de la cura, y los principios de su poder” (1958) Lacan introduce la noción de deseo del analista como uno de los puntos nodales para la conceptualización de la dirección del tratamiento, y la posición del analista ante el padecimiento del analizante. En primer lugar, lo articula con los pagos del analista en la

escena clínica, tanto su persona, sus palabras como su juicio de realidad. A su vez, introduce la siguiente afirmación:

Parecería que el psicoanalista, tan sólo para ayudar al sujeto, debería estar a salvo de esa patología, la cual se inserta, como se ve, nada menos que en una ley de hierro. Es por eso justamente por lo que suele imaginarse que el psicoanalista debería ser un hombre feliz. ¿No es además la felicidad lo que vienen a pedirle, y cómo podría darla si no la tuviese un poco?, dice el sentido común. Es un hecho que no nos negamos a prometer la felicidad, en una época en que la cuestión de su medida se ha complicado: en primer término porque la felicidad se ha convertido en un factor de la política (Lacan, J. 1959-1960 p. 586)

La última articulación de la noción “deseo del analista” se encuentra en la propuesta de poner entre paréntesis la demanda en el análisis, puesto que está excluido que el analista la satisfaga. Esta propuesta no se justifica solo por un motivo de abstinencia, sino también en la apuesta del analista en relación al encuentro del sujeto con su deseo, y la pregunta por su posicionamiento en calidad de deseante. No responder a la demanda posibilita la apertura del piso de la transferencia, y el sostenimiento de la cadena significativa donde metonímicamente el deseo insiste.

El recurso de la palabra escrita, y en particular en la literatura, resulta transversal a la obra de Lacan, tanto en la utilización de *Hamlet* (Lacan, J. 1958-1959), la vuelta a la literatura china (1969-1970), como su lectura de la obra del Marqués de Sade (1967). Esto remite al carácter de escena que presenta la obra literaria, un marco donde se despliega una dramática en la que aparecen posiciones fantasmáticas que habilitan al interjuego de significantes en la escritura del autor. *El banquete* de Platón cae en la misma lógica, ya que implica la construcción de una escena donde los personajes representan (y se hacen cargo) de diferentes decires sobre el amor. Además de recuperar el carácter polifónico de Eros y la multiplicidad de sentidos que circulan en cada una de las historias que cuentan los presentes Lacan retoma la secuencia que se desarrolla entre Sócrates y Alcibíades. Aquel borracho ingresa al banquete y aparece como “un fuera de lugar”, buscando llamar la atención del ser amado, demandando ser mirado por Sócrates. En este fragmento podemos pensar la figura de Alcibíades como la “verdadera marca de Eros”, ya que aparece como fuera de tiempo y lugar, y juntamente rompen con cualquier sentido que circula.

Una de las lecturas sobre Eros en relación al banquete, reside en la conceptualización de la relación Sócrates-Alcibíades como marca de la forma de hacer del analista con la demanda de amor del analizante: no dejarse cooptar. Si para Barthes la figura de Sócrates al rechazar los avances de Alcibíades marcha el tope al placer, y la prohibición, Lacan lo leerá como parte de la enunciación de la posición del analista, que no responder implica sostener la dimensión subjetiva del analizante. En este punto,

puede ubicarse un acercamiento a la conceptualización de la transferencia que realiza Lacan (1958), donde el analista juega “el lugar del muerto”. La posición de este último implica el deseo del analista, como vector, y máxima diferencia. Aquel “amor” y “relación sexual” entre Alcibíades y Sócrates, y la respuesta del filósofo, nos invitan a pensar, tanto en el carácter disruptivo de Eros -irrumpe y no siempre el sujeto logra anticipar-, como en la forma de ubicarse ante la demanda del analizante, entendiendo que toda demanda es de amor. Asumir un lugar abstinente ante Eros no implica negar el componente de potencia de este, sino ubicar la dimensión ética del analista que sostiene la apuesta por el sujeto en relación a su deseo.

Si Lacan retoma “El banquete” de Platón, lo hace para plantear el carácter problemático del manejo del amor en un análisis, y la posición del analista ante aquella demanda del analizante que lo enfrenta con una dinámica libidinal que lo antecede. Al tratarse de un seminario sobre la transferencia, el autor decide cuestionar la idea de intersubjetividad, planteando que es lo mas ajeno al encuentro analítico, y que ante su emergencia en un análisis, se la debe evitar ya que implica una escucha del semejante, que anula cualquier maniobra o intervención por fuera de la sugestión. A pesar de que la instancia de Eros resulta problemática, y central en la dirección del tratamiento, Lacan plantea que el analista no debe enseñarle a amar al analizante, ni tampoco producir una afirmación sobre que es el amor, pero si puede apuntar a desarmar cierta captura imaginaria del sujeto en el amor (maniobra para la cual se vale del accionar de Sócrates ante la demanda de amor de Alcibiades). Al momento de articular el deseo del analista con la lectura del Banquete de Platón, el autor afirma que el analista no debe ser ni un Sócrates, ni un santo, sino que es quien debe atravesar el campo de lo experimental, y ubicar coordenadas para ocupar el lugar vacante que le corresponde en relación al deseo del paciente. Lacan enuncia:

Lo que Sócrates sabe y el analista debe al menos entrever, es que en el plano de a minúscula la cuestión es muy distinta de la del acceso a ningún ideal. El amor sólo puede rodear esta isla, este campo del ser. Y el analista, por su parte, sólo puede pensar que cualquier objeto puede rellenarlo. He aquí adonde nosotros, analistas, nos vemos conducidos a oscilar, en ese límite en el que, con cualquier objeto, una vez que ha entrado en el campo del deseo, se plantea la cuestión — ¿qué eres tú? No hay objeto que valga más que otro — éste es el duelo a cuyo alrededor se centra el deseo del analista. (Lacan, J. 1959-1960 p. 439)

Conclusión:

A partir del recorrido conceptual realizado, resulta fundamental recuperar una de las últimas frases enunciadas por Jacques Lacan en su Seminario VIII, la cual tiene

contexto una discusión sobre el decir del analista ante la demanda del analizante, y el rechazo a cualquier posición de sabiduría o experticia en el campo de Eros. Lacan afirma:

Vean ustedes, al final de El Banquete, a qué apunta el elogio de Sócrates — al tonto entre los tontos, el más tonto de todos, el único tonto integral. Y tengan en cuenta que es a él a quien se le concede que diga, bajo una forma ridícula, lo más verdadero que hay sobre el amor. No sabe lo que dice, hace el burro, pero no importa, y no por ello deja de ser el objeto amado. Y Sócrates le dice a Alcibíades — Todo lo que me dices a mí, es por él. He aquí la función del analista, con lo que comporta de un cierto duelo. (Lacan, J. 1959-1960. p. 440)

Con esta frase el autor pone en evidencia la lectura que desde el psicoanálisis se realiza sobre las lecturas pedagógicas, y dogmáticas sobre el amor, el deseo, y la sexualidad del ser hablante. La función del analista implica cierto duelo, en calidad de que duela cualquier posición de saber, y de educar al analizante sobre las formas de ser sujeto, pero sí apunta a conmover un deseo en el otro, una apertura a una dimensión deseante que no se agote en la respuesta al circuito de la demanda, y permita salir de significantes cargados de sentido que anulan la pregunta por el sujeto.

Bibliografía:

- Allouch, J (2004). La sombra de tu perro. El cuenco de plata.
- Allouch, J (2009) El Amor Lacan. El cuenco de plata.

- Freud, S. (1912). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. Vol. XII, Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1919). Nuevos caminos de la terapia analítica. Obras completas, 17.
- Freud, S. (1912). Sobre la dinámica de la transferencia, vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S (1913) Sobre la iniciación del tratamiento. Vol. XII. Obras completas. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1915). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. 2011. T. XII Amorrortu.
- Kohan, A. (2020). Y sin embargo, el amor. Elogio de lo incierto. Editorial Paidós Buenos Aires.
- Lacan, J. (1959-1960) Seminario VII La ética del Psicoanálisis. Paidós. Bs. As.
- Lacan, J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder.
- Lacan, J (1960-1961) Seminario VIII: La transferencia. Editorial Paidós.
- Platón (385–370 AC) El banquete.